

EL FRENESÍ DEL VULGO: FIESTAS, JUEGOS Y BAILES EN LA SOCIEDAD COLONIAL

Orián Jiménez Meneses

Medellín: Universidad de Antioquia, 2007. 151 p.

Ana María Rodríguez Sierra

Universidad Nacional de Colombia de Colombia, sede Medellín

Aun cuando en la actualidad, los espacios y momentos de ocio, esparcimiento y diversión nos son familiares y comunes, poco se sabe acerca del papel que estos desempeñaron en las sociedades que nos antecedieron. No obstante, en los últimos años, los estudios históricos de estos aspectos han adquirido una nueva dimensión, otorgada por investigaciones como la del historiador Orián Jiménez Meneses, resultado de un arduo trabajo que fue merecedor del Premio Nacional de Cultura, concedido por la Universidad de Antioquia, esencialmente, por ser un estudio histórico con lineamientos clásicos, con trabajo de archivo minucioso y un manejo reflexivo y crítico de fuentes.

El libro está dividido en cuatro capítulos: el primero es un minucioso balance historiográfico, y luego trata de manera separada, pero coherente, el papel y las particularidades de las fiestas, los juegos y los bailes en la época colonial; el segundo está dedicado a las fiestas políticas y religiosas; el tercero, a los juegos de envite y azar, y el cuarto trata sobre los ritmos festivos.

La idea central del texto es que la sociedad colonial del Nuevo Reino de Granada, rigurosamente jerarquizada y diferenciadora, encontró algunos espacios en los cuales la gente podía olvidarse por momentos de su cotidianidad y de las diferencias marcadas entre blancos, negros, indios y sus mezclas; podía relegarse de los peldaños de la pirámide social, cambiar los papeles por efecto del azar. A grandes rasgos, y como una invitación a la lectura y apreciación de este detallado libro, se trata sobre aquello característico del juego, el baile y la fiesta coloniales.

Los momentos de juego, particularmente, constituyeron espacios propicios para la mixtura y los cambios de roles. Los hijos de familias distinguidas se mezclaban con sus esclavos, caminantes, vagos y viajeros en los “garitos y tablajes”, donde todos iban en búsqueda del favor de la buena suerte, ayudada un poco con engaño y triquiñuela. Y los cambios de roles sucedían cuando el negro ganaba al indio, el indio ganaba al blanco, el blanco criollo ganaba al español o cualquier miembro de la sociedad ganaba a uno que estuviera por encima social o racialmente; de esta forma se alcanzaba una igualdad, impensable para una sociedad como la colonial.

Proliferaban los juegos de envites y azar. Así, en un intento por controlar este tipo de actividades, las autoridades prohibieron algunos juegos de naipes y dados y dejaron únicamente como legales el truco y la lotería; sin embargo, pese a las prohibiciones, las personas recurrían al juego en horas de la noche, en recintos apartados, a escondidas, y de ese modo le daban una emoción agregada al juego. Estas actividades hicieron que muchos despilfarraran su riqueza, hasta el punto de llegar alguno a convertirse en esclavo, y otros, menos desafortunados, a tener que salir sin nada de lo que llevaban puesto. La oscuridad de las calles fue un buen refugio para los jugadores.

Los bailes tuvieron también un papel especial como lapsos de dispersión y alegría. Las altas capas de la sociedad colonial disfrutaban de bailes de salón, en los que los *minuetes* servían, además, para marcar las diferencias: en escala de 1 a 3, las categorías sociales iban entrando al baile, de acuerdo con el cromatismo, que iba igualmente en forma descendente, pasando de blanco a negro. La gente pobre de pie descalzo bailaba a cielo abierto al ritmo y rededor del tambor africano, y con ello propiciaba el mestizaje de la música y la danza, que cruzaba el viejo currulao con la tonada dulce de las gaitas indias. Los bailes africanos, conocidos como *bundes*, eran especialmente insinuantes y sensuales, despertaban la libido y el deseo en la plebe, así que las autoridades civiles y religiosas se empeñaban en prohibir especialmente este tipo de bailes, aunque sin éxito.

Estas actividades de dispersión hacían parte de la vida colonial; sin embargo, en las fiestas, el juego y el baile tenían un lugar mucho más am-

plio: se llevaban a cabo libremente, sin la censura de las autoridades. Las celebraciones civiles, militares y eclesiásticas permitían a la gente colonial salirse de su rutina; los indios podían rememorar su pasado prehispánico bailando al son de conucos y bebiendo chicha, y los negros, volver a sus costumbres africanas, contorsionando sus cuerpos al son del toque de la mano en el parche.

Las fiestas comenzaban con el año y se seguían con él. Los encargados de la celebración variaban dependiendo de la fiesta, lo que permitía a cada capa social celebrar a su manera. Las élites y los vecinos beneméritos aprovechaban para exhibir su blancura, sus ropas, sus alhajas y reafirmar su estatus y poder; mientras artesanos y sirvientes aprovechaban el jolgorio para dedicarse al juego, al baile, a la risa, a la distensión de la vida cotidiana y de las adversidades de la vida. De esta manera, las celebraciones coloniales fueron, sin duda, momentos oportunos para la catarsis de la sociedad. Los habitantes de parroquias, villas, ciudades y otros poblados dejaban de lado las actividades diarias, el trabajo mecánico y servil y se imbuían en la celebración y en el desfogue del cuerpo y de las pasiones.

Todos disfrutaban de las fiestas, aunque la élite y los “establecidos” tenían beneficios agregados al poder catártico de estas; por ejemplo, los alféreces elegidos por el Cabildo entre los vecinos más prestantes, encargados de proveer cera, vino, bizcochuelos, pólvora y otros atavíos necesarios para la celebración, se revestían de prestigio y de la admiración de los vecinos, que a partir de entonces empezaban a guardarles lugares prominentes en la iglesia. Igualmente, el Cabildo ganaba fama que acentuaba y tranquilizaba el ejercicio del poder, mediante dar al pueblo su tan necesitado circo.

Así, todos se beneficiaban distintamente de las festividades y las disfrutaban mientras duraban estas y su efecto, aunque ello no impidió que fueran también objeto de prohibiciones y vigilancia por parte de eclesiásticos y jefes civiles, encargados de mantener el orden social, que alcanzaba en aquellos momentos a desdibujarse y a transgredirse. De manera que, sirviéndose del juego, los bailes y las fiestas: “... más de lo que cualquier investigador imaginaría, y en franca oposición a las viejas concepciones de historiadores

aficionados, la sociedad colonial se caracterizó por la riqueza de su vida festiva, y la creatividad para crear momentos y espacios de ocio” (112).

De este modo, el trabajo del profesor Jiménez contribuye, sin duda de manera positiva, a los estudios históricos sobre la época colonial. Este texto permite que la Colonia nos sorprenda, pues nos deja saber que en ese momento particular de la historia, cuando nuestras sociedades americanas estaban formándose, amalgamando conductas, costumbres, pensamientos y formas de pensar, ver y vivir el mundo —tan lejanas como América de España o África de ambas; tan socialmente complejas, jerarquizadas y discriminatorias; tan preocupadas por la cristianización, la moral, el establecimiento de los límites del mestizaje en contraposición a las prácticas—, convivía además el “frenesí del vulgo” y “el vértigo de la vida”.